

de energía que asegura nada tiene que ver con él.

Y no olvidemos el elefante a espaldas del presidente Samper que se volvió también un famoso convidado.



Más de veinte años vistos a través de la lente de un agudo caricaturista, un humor crudo y descarnado, lleno de sutilezas, críticas certeras, homenajes; así Osuna día tras día plasma la historia en un solo trazo o con un personaje certero, incluso anticipa hechos, errores, desaciertos. Veinte años de caricaturas en las que desfilan políticos, empresarios, banqueros y la historia de un país convulso. La última parte del libro son dibujos homenaje, el perfil de Guillermo Cano director de *El Espectador*, asesinado; Luis Carlos Galán, líder político, asesinado; Jaime Pardo Leal, asesinado; Jaime Garzón humorista, asesinado; Sergio Restrepo S. J., asesinado; Bernardo Jaramillo, candidato presidencial por la UP, asesinado; Manuel Cepeda Vargas, dirigente comunista, director del periódico *Voz*, asesinado; Mario Calderón, investigador del Cinep, asesinado; Jesús Antonio Bejarano, catedrático, asesinado; Monseñor Isaías Duarte, arzobispo de Cali, asesinado... Unos pocos que lograron morir de muerte natural como Diego Montaña Cuéllar reseñado como “notable” y los ex presidentes Carlos Lleras Restrepo y Alberto Lleras, entre otros.

Sin lugar a dudas no sólo es un libro interesante, es aterrador el repaso de la historia, los avances del narcotráfico, los políticos partícipes, los desmanes del Ejército, el poder

de la guerrilla, los abusos de poder, los presidentes ineptos, los asesinatos impunes. ¡Dios en qué país vivimos! Esta es nuestra historia plasmada por un excelente dibujante, de humor ácido, que busca siempre meter el dedo en el ojo del huracán.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

¿Todo humor? ✓

Toro humor

Betto (*Alberto Martínez*)
Villegas Editores, Bogotá, 2005,
142 págs.

Toro humor es el título de un libro con una serie de caricaturas reunidas bajo el prestigioso como cuidadoso sello Villegas Editores, que ilustran con amplitud cada una de las vicisitudes y/o circunstancias definidoras del mundillo del toro, y que Betto —así se autodenomina Alberto Martínez, bogotano nacido en 1968— ha ido produciendo, con el ritmo propio de quien tiene la responsabilidad de un espacio en un periódico (en su caso *El Espectador*, que además, como ya lo hiciera Consuelo Lagos con su *Negra Nieves*, publicación tradicional y puntual del mismo diario), lo hace en torno al monotema de la fiesta taurina. Más exactamente, sobre la tradicional lucha entre el torero y el toro, o mejor, sobre lo que constituye una franca lid, entre el animal y el animal.

Así, esta galería taurina de Betto, sigue el mínimo recurso de la expresión caricaturesca, como lo es la línea del dibujo y, empleando un recurso del diseño gráfico —consistente en la ocupación pictórica del espacio con planchas de piezas monocromáticas, en sus trabajos siempre negro y/o rojo, y que él utiliza con sobria armonía plástica—, hace gala de fidelidad a una ceremonia ritual, y de ínfulas protocolarias,

desde las licencias que le son permitidas, no a un bufón como en la época de las primeras corridas, sino a un agudo observador.

En efecto, hay en este libro una clara intención de relacionar, plástica y sutilmente, el argot taurino, con todo lo que dicho lenguaje refiere, con la cotidianidad tajante de los hechos y acciones que definen una sociedad. Por ello, el libro está “plagado” de ocurrencias que a la luz del conjunto de los cuadros, aparecen gratuitas, aparentemente concebidas desde el facilismo de superponer a una imagen los rasgos, características, aditamentos, de otra (el toro vestido de odontólogo, por ejemplo), y la ornamentación típica de la que para sus seguidores y fanáticos es una fiesta: “la fiesta de la muerte”.

Desde su presentación compositiva, es decir, a partir de lo que en la libertad creativa de la historieta, del cómic o de la caricatura, constituye la plástica de dicho género, estos dibujos de Betto son tan vacunos como bacanos. En efecto, más allá de la ironía que en su condición de piezas de humor deben encerrar, contienen la placidez visual que una ilustración de dicha índole debe contener: economía formal, claridad conceptual, equilibrio compositivo, en fin, los elementos que conforman una pieza bien hecha.

Economía formal: Betto utiliza una economía formal al presentar sus escenas congeladas, la línea delgada y esencial (para ello subraya los rasgos que en cada objeto o ser especifican contornos); lo hace más con timidez que con maestría, en cualquier caso sí con justeza, aplica, complementándolos, tramas o manchas de color. Manchas planas, sin ninguna intención de transmitir emoción y por el contrario, parecerían tener la función de las convenciones: en esta serie, negro para el toro y rojo para el torero, lo que no deja de ser una obviedad, aunque se entienda también que no tendrían porque ser más que eso.

La economía es tanta en *Toro humor*, hasta el punto que selecciona, para su exclusión del conjunto de ele-

mentos que nombran la fiesta taurina, cuántos sean posibles y que no sea precisamente la unidad indivisible que constituyen el toro y el torero. No hay más personajes que ellos, excepto cuando aparecen en las nubes (el tradicional espacio para expresar palabras o pensamientos en las tiras del cómic) el bien y el mal representados también en su indivisible unidad de ángel y demonio. He ahí la suerte comunicativa de Betto al mostrarnos desde la mentada pareja cómico-trágica, todo el mosaico de seres que habitan a ambos lados de la barrera: médicos, curas, artistas, fotógrafos, cocineros, domadores, carpinteros, marineros, bailarines, doctores, etc., etc.



Claridad conceptual: si la economía formal da como consecuencia la economía visual (¿minimalismo?), la claridad conceptual nos ahorrar vueltas interpretativas. Sus dibujos apuntan de manera directa al blanco, que en sus leyendas contienen ya parte del mensaje que los trazos precisan. Cito aquí algunos de ellos que ilustran lo expuesto en esta reseña: “La letra con sangre...” (pág. 38), “Mente corrida” (pág. 49), “Cuarto de hora” (pág. 55), “¿Mano o tauro?” (pág. 61), “Concha y toro” (pág. 87), “El Burlador de Sevilla” (pág. 127) y, entre otros, “To beef...”, “...or not to beef” (págs. 132-133).

Equilibrio compositivo: es dable mencionar que la experiencia o in-

tuición que el autor tiene al practicar el diseño gráfico le dan a estas viñetas humorísticas un carácter próximo al que tienen las obras de arte plástico. Su distribución sopeada de las formas, que integran el plano, indican la aplicación, consciente o inconsciente, de las sugerencias que hiciera Wassily Kandisky, en *Punto y línea sobre el plano*. En dicha lúdica compositiva los planos teñidos de rojo o de negro desempeñan un papel protagonista: si bien, ya esto lo habíamos dicho, carecen de emoción verbal, pues no participan esencialmente de la historia narrada, pero sí integran un papel definitorio en la estricta presentación plástica de sus presencias cromáticas. Sus caricaturas están dispuestas en el plano como lo haría un artista de expresión pictórica.

Toro humor, un libro que sugiero no visualizar por entero en una primera ojeada, pues se corre el riesgo de terminar sabiéndonos a cacho, a puro cacho, pero, y esto hay que decirlo, en la espaciosa secuencia de una publicación periódica, resultan verdaderos “tiros de gracia” a los que difícilmente podemos hacerles ningún “desplante”.

GUILLERMO LINERO
MONTES

Lo que dure la duración

Poemas ilustrados

Giovanni Quessep

Mario Vélez (ilustraciones)

Ramón Cote Baraibar (posfacio)

Tragaluz Editores, Medellín, 2008,

80 págs.

La poesía de Giovanni Quessep me recuerda el licor de tuna de Ayacucho, allá en los Andes centrales de Perú. Tunas verdes y repletas de jugo, tunas coloradas y arenosas: destilado engañoso. Un par de copitas y uno se pone bien feliz. Pero una

botella de esa dulzura es capaz de poner patas arriba la realidad y, si hemos sobrevivido al día siguiente, estamos obligados a tararear el reverso del mundo y arrepentirnos de haber tenido sed o empezar a cantar *Gracias a la muerte...* Así, pues, esta antología de veintinueve poemas (elegidos por el autor y Jaime Jaramillo Escobar) es sugerente al máximo y pide disfrute inmediato. En esta selección se revela ese mundo de símbolos que Ramón Cote, autor del posfacio, señala como decisivo y proveniente no de un acto pretencioso sino de la necesidad de transformar —el castillo de Duino será el torniquete— la materia en espíritu. Algo así. En todo caso marea fonética, palpitación verbal.



Juguemos con estos dos personajes metafóricos y adjudiquémosles cualidades: a la materia, una resistencia; al espíritu, una fluidez. Se entiende que me apoyo en una cárcel de imágenes porque la voz de Quessep al pan le dice vino y viceversa. A un lado están los poemas que crean su propio atractivo. Por lo general son breves y directos, pero *Canto del extranjero* sigue probando a las claras que en poesía la oscuridad es suma